CUERPOS TRANSFIGURADOS

Cuerpos que caminan
sin camino y en silencio
entre piedras preñadas
de estrellas
que ruedan y ruedan
con el viento.
Cuerpos que flotan
en el agua, inciertos.
Que brotan de la tierra
transfigurados

en flores
en espinas
en helechos.

Cuerpos múltiples
duros y blandos cuerpos
que se meten en mi cuerpo
lleno de cosmos y esqueleto
de imágenes y conceptos.

LAS CAMPANAS DE MI PUEBLO

a *Ignacio Zapata*

Las campanas de mi pueblo
lanzaron su lamento al cielo,
los rostros impávidos, esqueléticos
se cubrieron con el velo
de la eternidad.
El aullido del perro
olía las pisadas de la muerte
y las ropas blancas en los patios
ondeaban con el viento
haciendo reverencia a lo inerte.
Las notas transnochadas del gramáfono
rasgaba con sus cuchilladas
el techo gris
que cubría la madrugada.
El cuerpo tendido del ebrio nocturno
crucificado en la tierra
con su rostro de metal, sonreía.
El domador del circo-burdel
azotaba las fieras de máscaras grotescas
bañadas con el último producto
de jabón con aroma de violeta.
A cada latigazo, el llanto, la mueca
la risa, la alegría y el dolor
en remolino infernal se debatían.
Las monedas chocando con su ruido metálico,
rodando hasta los pies del domador, caían,
y el espectáculo aplaudido con delirio
y gozo por la multitud, seguía.
Las máquinas ensordecieron
a la gente de mi pueblo
que unió todas sus manos
en un gesto supremo,
y el verdugo, asestando su golpe

mortal, premeditado,
llorando de dolor
a mi pueblo dejó triste y sin manos,
sin sus dedos crispados por la ira
sin sus puños cerrados por el odio.
Con su amputación maldita
señalaron al cielo,
y en lugar de la oración,
salió un rumor continuo de sus pechos,
y se fueron al bosque masticando sus palabras,
bebiéndose sus lágrimas de acero.
La noche con su silencio infinito
y sus sombras clandestinas
los acogió en su seno.
Los cuervos llegaron del campo
y con graznidos de hambre
se posaron en la cúpula
más alta de la iglesia.
Los murmullos del rosario
interrumpieron el tiempo
y el río insondable de misterio
ahogó el sol de la mañana en su lecho.
Los hombres y mujeres besaban la tierra
y el viento tempestuoso venía
y entre su túnica
se llevaba el polvo de la tierra.
La misa se vestía con su rito milenario.
Las formas de conciencia
se vaciaron al hechizo de la magia
escapante y oculta de la vida.
La filosofía y la teología medievales,
desafiando el curso histórico del tiempo,
unidas al cordón umbilical

danzaron ante la forma etérea,
y los merolicos, profetas y videntes
uniéndose a la fiesta
tocaron su instrumento.
Los muros se lamentaron,
y las losas de la plaza,
entre lagos de sangre
enterrados por los años fugados,
se abrieron dando paso
a la soga podrida de los sentenciados.
Las campanas de mi pueblo
lanzaron su lamento al cielo,
los rostros, impávidos, esqueléticos
se cubrieron con el velo
de la eternidad.

POR ELLOS

Con su mano levantada
hacia el lejano cielo
de una noche oscura y triste,
queriendo sujetarse a lo desconocido,
ellos quieren morir
ya no quieren vivir la vida negra y cruel
que quiere darles el destino.
Ellos claman porque se les niega,
porque pululan por las calles
mendingando misericordia.
Por la miseria que como fardos
más pesados que su pobre existencia
llevan en su vida.
Por ellos.
A los que la bofetada
del desprecio ya no importa
porque han aprendido a llorar en silencio
y han sentido la angustia
del diario despertar
con hambre y sed de justicia.
Por ellos.
Que sin palabras
pero con claros y mágicos reflejos
nos dicen gritando sin gritar
¡Ya no quiero vivir! ¡Ya no puedo vivir!
¡Me muero!
Por ellos.
Que están más cerca de la tierra,
porque están como ella . . . desnudos.
porque quieren perderse en su suavidad
y en su dureza,
desaparecer en un eterno abrazo,

porque ellos saben que nada les reprochará
que callada y muda les compadecerá
y que como madre suprema
cálida y serena
los acogerá en su seno.
Por ellos.
A los que segundo tras segundo,
año tras año y siglo tras siglo,
levantan su mano al cielo
en noches tristes y oscuras
tratando de sujetar lo desconocido
queriendo morir
queriendo ganar la angustiosa carrera
a su destino.

EL LEOPARDO

Con imprecaciones no basta
para asesinar el leopardo
que acecha blandiendo su cuchillo
en el matorral tupido de la víspera.
Su correr veloz
acorta la dimensión del espacio
y la cuenta regresiva del ataque
no se estatiza un segundo.
Hay que erigir la barrera transparente
para vigilar su cuerpo,
su cuerpo de ansia inhumana, animalesca.

VIOLENCIA QUE SE HIERE A SI MISMA

Flores rojas que engalanan
el jardín de la muerte.
Ataúd de tierra y lodo
que cubre con la sábana
oscura del invierno sin sol
el soldado sin rostro.
Rugido de fieras aladas
que entorpecen el silencio
sepulcral con su vómito
macabro.
Resonancia de lamentos
que se pierde
en la mitad del eco
que viaja
a todos los rumbos
con el viento.
Soledad llena de locura
y de angustia
que reclama a la tierra
su misterio vital.
Violencia que se hiere
a sí misma
presagiando el atardecer
de su mísera influencia
y que percibe el advenimiento
del hombre-cósmico.